

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Lunes 26 de Septiembre de 2016

**Club Universitario de Buenos Aires – Ateneo y Biblioteca
Ciclo de conferencias 2016**

**“A 200 años de 1810 ¿qué nos falta para ser independientes”. Una lectura filosófica
Santiago Kovadloff**

No puedo menos que unir a mis buenas tardes y a mi gratitud por el hecho de que ustedes hoy me acompañen en esta propuesta tan generosa de Eduardo Martiré, que recordar un episodio que me tocó presenciar cuando dos años antes de su fallecimiento, aún en la Argentina, Borges recibió el Premio de la Sociedad Argentina de Escritores. La analogía es válida no por la figura se entiende, sino por lo que dijo que me ha servido a mí mucho esta noche después de haberlo oído a Eduardo. Catorce personas precedieron a Borges en el uso de la palabra para celebrar su trayectoria y su obra antes de que recibiera él su premio. Cuando le tocó hablar a Borges, se limitó a decir lo siguiente “no esperen de mí nada hermoso porque estoy profundamente emocionado”. Eso es todo lo que dijo Borges. Y fue de hecho una lección de estética y de hondura filosófica porque la hermosura difícilmente pueda irrumpir en un enunciado si quien habla no toma cierta distancia con sus emociones puesto que embargado por ellas difícilmente pueda coordinar lo que dice. El hombre que transmite una emoción estética o el hombre que transmite una emoción en general, logra precisamente transmitirla en la medida en que no está expuesto a la intensidad plena de lo que dice y puede de algún modo, usando un término quizás desmedido, administrar sus pasiones.

Pues bien, yo tengo esta gratitud hacia Eduardo y hacia todos ustedes porque jamás me propuse otra cosa que vivir en consonancia con una convicción que me transmitió mi padre, ya fallecido. Mi padre me dijo un día siendo yo adolescente cuando él descubrió que mi vocación literaria era irremediable, es decir que no iba a lograr desviarla. Me dijo: “Mirá Santiago, una cosa muy importante que sepas. Hay una diferencia fundamental entre vivir y durar. No dures nunca”. Y el hecho es que la vida nos ha ido llevando a todos o por lo menos a muchísimos de nosotros por un camino en el cual la pendularidad incesante entre vida y duración se puso de manifiesto como un desafío perpetuo. Durar es fácil, vivir no lo es. Nosotros tenemos una propensión muy marcada a presumir que lo importante en la vida es tener muchos años. Me parece que es excesiva. Después de todo cumplir 90 o 95 con un muy buen estado de salud está muy bien pero no es un mérito particular. Es un producto del azar como lo es el nacimiento también, nadie nos esperaba a nosotros. Llegamos a este mundo por obra de un encuentro afortunado entre dos personas que nada nos preguntaron. De manera que así como el nacimiento es azaroso, la vida entendida como tarea es una posibilidad sin ser un destino.

Yo creo que nosotros en la Argentina y por eso el tema de hoy se va acercando a esta exposición paso a paso. Creo que en Argentina corremos el riesgo de sobrevivirnos a nosotros mismos si no reconciamos a la ética con la política. Esta reconciliación entre ética y política nunca puede ser plena. La política no será jamás un ejercicio impoluto de la ética. No puede serlo porque se basa en la negociación y esta es una transacción en la que muchas veces los valores deben verse atenuados en su protagonismo para facilitar el encuentro entre aquellos que deben consensuar. En la ética no hay negociación. No se puede negociar principios o mejor dicho se

puede negociar principios pero la ética se disfuma, desaparece allí donde la transacción es precisamente transacción de valores. No obstante, entre ética y política debe haber una interdependencia principalmente en los regímenes democráticos republicanos, que son aquellos que tratan de que la distancia que se abre entre la negociación y el pragmatismo por un lado, y los valores y la dignidad de la vida por el otro, no sea nunca antagónica. Una distancia de antagonismos. Debemos luchar, y muchas veces uno tiene la oportunidad al hablar con los políticos, a mí me tocó no hace mucho tiempo hablar con quién hoy preside la Nación, en un diálogo inolvidable para mi encantador en el que bueno, me decía el presidente de la república que le dijera qué es un intelectual. Entonces le digo un hombre o una mujer que están aquí para recordarte que no necesariamente tener poder es tener razón. Esa es la tarea de un intelectual. Recordar que el poder y la razón no son sinónimos y que el poder tiene la consistencia que le da su cercanía con la ética y la inconsistencia que le da al encubrimiento y al delito. Lo que está en su cinta y generosamente recordaba Eduardo recién, es sin duda alguna, la respuesta a la convicción de que el riesgo de durar nos amenaza. No duremos, no se lo aconsejo a nadie pero debemos vivir combatiendo para creer que nuestra vida no es duración.

Dicho esto entonces, y expresaba mi gratitud de volver a esta tribuna, quiero retomar el título de la exposición que propuse. A 200 años de 1816 ¿qué nos falta para ser independientes? La pregunta, obviamente, es intencional. A 200 años de 1816 tenemos algo que celebrar pero también tenemos que preguntarnos en qué consistirá la celebración porque se puede celebrar lo que como bien dice nuestro himno supimos conseguir de muchas maneras. Una de ellas es a través de una evocación inocua, más bien retórica, primordialmente inclinada a recordar aquellos que hace 200 años y en esa deliciosa casita de Tucumán se reunieron para declarar el propósito de forjar una Nación. La otra consiste en meditar y para mí esta es la verdadera celebración. ¿En qué consiste declarar la independencia? En aquél momento, hace 200 años, declarar la independencia significaba decirle al amo no somos esclavos. Cuando uno abdica así de la esclavitud, cuando uno se sitúa en el terreno de la negación de la esclavitud, uno no necesariamente es libre. La libertad no consiste en esa negación. Cuando se le dice no a España en 1816 no necesariamente quienes lo dicen son libres porque la negación de la esclavitud no necesariamente es libertad. La negación de la libertad es el inicio de un proceso que lleva eventualmente a la libertad. Cualquiera que recorra nuestra historia sabrá que en aquel momento la noción de independencia sólo tenía en un sentido territorial amplio, la forma del odio a España. Del odio al amo, del odio al explotador, del odio al colonizador. No tenía a la forma de un proyecto alternativo de vida. El odio, el querer sacárselo de encima. Algunos, no todos, pero sí donde tenía una forma, la adhesión a la declaración de Tucumán, fue en el desprecio por quienes habían convertido a estas colonias un mercado de explotados, de gente detenida o empantanada en la posibilidad de desplegarse y evolucionar como era deseable. Esto no significa, a modo de nota de pie de página, que nada haya aportado España a estos territorios. No, apostó muchísimo entre ellos como recuerda Pablo Neruda una bellísima lengua que es la nuestra y a la que debemos cuidar puesto que también ella está amenazada de duración y no de vida. Pero lo concreto es que los hombres que declararon la independencia comprendieron que el desafío de su tiempo era decirle no al amo. Seamos libres dijo el General San Martín, lo demás no importa. Es cierto, en 1816, 1817 y 1818 no había otra cosa que importara más que sacar al imperio español de América. Pero la libertad va redefiniendo sus imperativos y sus exigencias con cada generación. Ser libre para Alberdi ya no consistió en luchar por la expulsión de los españoles. Ser libre para Alberdi significaba hacer de nuestra territorialidad una nación sujeta a la ley, es decir a la Constitución Nacional. De manera que celebrar la independencia, treinta y siete años después de la independencia en ese artículo memorable de Alberdi que dice “la república Argentina treinta y siete años después de nuestra

independencia". Celebrar la independencia para Alberdi era transitar de las investiduras caudillescas a las republicanas a través de la Constitución Nacional, es decir, a través de la sujeción normativa a una ley que impedía que el poder pudiera ser homologado a alguien que detentara la suma del poder público. Esto era celebrar la independencia. Quiere decir que una generación celebra de veras la independencia nacional cuando comprende el desafío específico que su tiempo le formula.

La gran pregunta con la que nos debe acompañar cuando levantamos las copas por los 200 años de la independencia es ¿qué debemos hacer para ser libres hoy? ¿En qué consiste hoy la tarea de nuestra libertad? Esta pregunta remite, al menos filosóficamente, a una evidencia. El hombre es una tarea. Esa tarea es siempre una tarea inconclusa, no es una tarea que se pueda terminar. Un hombre no puede darse jamás por realizado porque su estructura no es calcárea. La piedra está realizada. Si ustedes la parten, por dentro es igual que por afuera. El hombre es tarea, es decir construcción incesante de sentido y de valor. Por lo tanto, la celebración más honda que podemos hacer del significado de la independencia de 1816, es entender que si entonces el proyecto era ser libres de España, nos preguntemos hoy de qué tenemos que ser libres porque esto es asumir la responsabilidad de la celebración no como un paisaje pletórico, de figuras encantadoras como las que habitaron la casita de Tucumán. Esto es estar a la altura de la responsabilidad de quienes declararon la independencia. ¿Qué piden Laprida y los hombres que allí se reunieron? ¿Qué quieren de nosotros si aquí estuvieron? ¿Qué querrían de nosotros? Yo creo que lo mínimo que nos preguntarían con un castellano bastante estentóreo, muy marcado todavía por el de España pero muy clarito es ¿y ustedes qué van a hacer para preservar lo que supimos darles? Es un acto de responsabilidad porque la libertad es una construcción incesante que cada generación debe aprender a encarar advirtiendo, comprendiendo cuáles son los desafíos específicos de su tiempo. Es asumiendo la responsabilidad de encararlos como celebramos los 200 años de vida. Mientras no sea así estamos de cumpleaños. Y el cumpleaños está fenómeno, me parece muy bien. Podemos ir a Tucumán, podemos hablar de la casita como cuando éramos estudiantes y dibujarla, pero en serio la celebración de los 200 años es el esfuerzo de discernimiento de los desafíos específicos que nos hace la construcción de la identidad argentina en el año 2016.

Por eso, me parece a mí que debemos preguntarnos qué tenemos que hacer y para eso es importante, aunque sea insuficiente, entender que a diferencia de otras especies, el hombre es un ser que no ha nacido para realizarse, entendiendo por realizarse el consumarse, el alcanzar su meta, el acabarse en una construcción satisfactoria. El hombre es un ser inconcluso. Es decir, no puede terminar nunca de construir su perfeccionamiento. Porque el perfeccionamiento, al igual que la fe, es un trabajo diario y siempre insuficiente. Empezarlo significa renunciar y combatir la creencia de que uno va a llegar a donde se propone del modo ideal. Uno va a llegar a donde deba llegar, como pueda, pero lo que da dignidad al esfuerzo de la llegada o al anhelo de alcanzar la meta, es el empeño puesto en el perfeccionamiento nacido de una consciencia autocrítica constante. La autocrítica no es un mea culpa ni redundante necesariamente en un latigazo sobre la espalda. La autocrítica es la capacidad de discernir con qué contamos y con qué no para llevar a cabo lo que nos proponemos. El espíritu autocrítico encuentra en la estructura política y jurídica de la democracia republicana los recursos para desplegarse del mejor modo posible. Porque nuestra vida política cuando es republicana en el marco de una democracia cabal vuelve a aparecer como tarea siempre imprescindible y nunca suficiente.

Lo que dice el discurso republicano democrático es todo no. Ni todo como posesión del poder ni todo como discurso suficiente por parte de una de las partes que debaten parlamentariamente. Lo que dice la democracia republicana es busquemos consensos que generen acuerdos no basados en la plena obtención de lo que deseamos, sino en la convivencia indispensable para no deshacernos. Es decir, para que el país se transforme en un campo de batalla. Y nosotros venimos de un campo de batalla. Lo que aquí ha tenido lugar, me refiero a nuestro país, en los últimos 13 años o hasta en el año 15, desde el año 5 es que se nos ha vuelto a dividir y a convertir en enemigos y no en adversarios solidarios a quienes habitamos este suelo. Pero sería un error muy profundo limitar nuestro análisis crítico a la índole de aquellos que promovieron la división. Sin duda, cabe denunciarlos, en eso nos hemos empeñado. Pero además hay que preguntarse ¿qué dicen de mí aquellos que gobiernan y no me representan según creo yo? ¿Qué revelan de mi país? ¿Qué dicen de la cultura de mi país los que lo gobernaron 12 años? ¿Qué revelan autobiográficamente? Revelan la anemia institucional de la cultura argentina, porque quienes tuvieron el poder durante tanto tiempo para llevar adelante un proyecto hegemónico de corte caudillesco, en el que la ley estuvo sujeta al poder y no a la inversa, dicen de la cultura de una nación. Porque fueron votados, reiteradamente votados por una mayoría de argentinos que hoy se vuelve un poco más difusa porque cuando las circunstancias cambian muchos de los que estaban vestidos de rojo, hoy dicen que a ese color lo detestan. Pero la autocrítica debe ser la tarea que debemos emprender para celebrar estos 200 años y entender en qué consistirá el proyecto de nuestra independencia a esta altura.

Nuestra democracia republicana es frágil porque la palabra de la Constitución es aún en nosotros retórica, es decir externa a nuestra vivencia de lo cívico. Esta delante de nosotros, la miramos y la repetimos sin meditar lo que dice. Bien, entenderán supongo yo si les recuerdo un tanto escolarmente lo que hacemos con las canciones patrias. La destrozamos mediante una memoria sin responsabilidad al entonarla. "Oíd mortales el grito sagrado... libertad, libertad, libertad" (lo cantó rápidamente). Así no se habla, así no se dice porque decir así y hablar así es echar por la borda la dimensión semántica de lo que se está diciendo. Debemos recuperar el sentido de la ley, el sentido de la palabra y debemos hacerlo con la conciencia de que las generaciones venideras tienen derecho a tener un desafío distinto de aquel que debemos enfrentar nosotros.

Cuando hablamos de legarle a nuestro hijo un país reconstruido seamos sensatos. No le leguemos nada a nuestro hijo que no sea la conciencia de que puedan discernir la tarea que les cabe. Yo no quiero para ellos un país resuelto, quiero que tengan otros problemas que los que tengo yo. Es decir que los que tienen mi generación, que los que tenemos los que aquí estamos, otros problemas, porque la dignidad de la vida pasa por la renovación problemática. Una persona que no tiene problemas, según dice o puede decir, es un difunto anticipado. Está mal, una persona que no tiene problemas no es interesante. Porque una persona interesante se pone de manifiesto por el modo como encara los problemas que tiene y no por el hecho de no tenerlos. De manera que lo que le deseo yo a las generaciones venideras, es que tengan un repertorio problemático distinto del que hoy afecta a mi generación. Y el repertorio problemático que hoy afecta a mi generación tiene que ver con el tránsito del autoritarismo a la democracia republicana. Otra vez. Porque ya es hora de que ésta no sea más nuestra tarea. Sin embargo, la Argentina es un país hechizado por la repetición de sus errores. Es decir, la no capitalización de su experiencia. Porque capitalizar la experiencia es haber aprendido del desacierto.

Hay en las matemáticas - si aquí hay un matemático lo podrá corroborar- una convicción profunda y es que para que un problema esté resuelto, normalmente es imperioso que otro problema inédito o desconocido irrumpa también con la solución del anterior. Uno resuelve un problema y eso le despeja el horizonte para percibir otro problema. Pues bien, la renovación problemática tiene que ver con la resolución de los problemas previos. Argentina tiene una deuda, una hipoteca con su pasado porque Alberdi sigue siendo entre nosotros un autor venidero. Los que estamos en el siglo XIX en buena medida somos nosotros. El es del XXI pero no lo es porque es invencible ante el tiempo, lo es porque las deudas contraídas con su proyecto de Nación, no fueron saldadas. Vean ustedes por ejemplo: estamos tratando de celebrar los 200 años de la Argentina. El federalismo entre nosotros es aún una irrealidad. En la medida en que es una irrealidad, nosotros tenemos deudas o hipotecas del pasado no saldadas y nuestro esfuerzo cuando escapamos al modelo caudillesco hegemónico prevendario que reduce el estado al poder ejecutivo y este a una figura hegemónica irremplazable y dotada del monopolio de la razón presunta. Cuando nosotros nos preguntamos ante eso qué podemos hacer para celebrar los 200 años y para que descansen en paz los que nos precedieron, es entender que nuestro deber es lograr que Alberdi se convierta en un autor maravilloso del siglo XIX. Del XIX, no del XXI porque lo leemos hoy con una doble emoción, la que despierta su genialidad y la de advertir que lo que él quiere aún no se cumplió.

Entonces ¿cuál es el deber de una generación que está conmovida por los 200 años? Lograr que esa transición del autoritarismo a la democracia republicana con asiento en la Constitución, posibilite revertir el orden entre los dos factores decisivos de la construcción política que son el poder y la ley. El poder si no está supeditado a la ley, avasalla a la ley y la convierte en un pretexto para el ejercicio sin mesura de la ambición. Debemos por lo tanto modernizarnos. Pero modernizarnos en consecuencia no es sólo que vengan inversores extranjeros, tener una moneda fuerte, resolver el problema de la inestabilidad de las instituciones argentinas. Ser contemporáneos hoy y celebrantes cabales de 1816 es entender qué es la ciudadanía, qué es ser un ciudadano. A qué se tiene derecho y cuál es el deber de ser ciudadanos. La famosa y terrible inseguridad en la que vivimos cuenta a su favor con un hecho extraordinario y es que la estamos combatiendo desde el miedo pero no desde la convicción profunda del derecho. Es decir de lo que significa la ley. Porque no sabemos qué significa la ley, yo empuño un revolver y le disparo a un delincuente.

La Argentina está enferma de anomia y por lo tanto combatirla implica discernir cuáles son las tareas. Entiendo yo que la tarea primordial para llevar adelante la transición de la independencia al presente es la interdependencia. Nosotros tenemos que generar interdependencia. Interdependencia significa que yo me siento representado por el prójimo, que su presencia tiene para mí el significado constitutivo de mi propia identidad. Este es un principio fundamental de la religión cristiana y de la judía: el prójimo. El prójimo no es el que tengo en frente, es el que tengo en el alma. Recuerden ustedes conmigo ese pasaje maravilloso del antiguo testamento retomado en la Biblia cristiana: "amarás a tu prójimo como a ti mismo". En principio esto se dice como "Oíd mortales el grito sagrado... libertad, libertad, libertad" (lo cantó rápidamente). Hagámonos cargo de lo que estamos diciendo. ¿Qué es amar al prójimo como a uno mismo? Darle parte de la devota pasión que siento por mí? No, no es que saco algo del amor que me tengo y se lo doy al otro. No es una especie de prevendarismo narcisista entre el 37 por ciento de la pasión que devota a mi persona se la entrego al otro. Amar al otro como a uno mismo implica, para entender lo que significa, empezar por comprender qué quiere decir "uno mismo". Uno mismo es aquel ser que clama no ser confundido con otro, es decir no ser inscripto en una

serie donde se diluyen los rasgos de la singularidad. Ustedes saben que para pertenecer a una serie en el sentido descriptivo de la ciencia, lo importante es que reúna características comunes con los otros integrantes de la serie y que desde el punto de vista legal al estar ante uno, estamos ante todo el grupo, ante el conjunto.

Pues bien, el hombre es un ser único, ninguno de nosotros puede ser reducido a la presunción de que cabemos indistintamente en una serie. Uno mismo es singularidad irreductible, presencia no homologable en el sentido estricto a ninguna serie ni a lo que en ellas caben. Si esto resulta difícil de entender, y entiendo que no es fácil, es porque no tenemos el hábito de comprenderlo, de pensarlo. Lo cierto es que amar al prójimo como a uno mismo, significa entender que su singularidad no puede ser avasallada por nadie ni reducida su presencia a un conjunto servil, masivo, anónimo. Cuando yo amo a mi prójimo como a mí mismo, es porque estoy ante una presencia sagrada por su singularidad, sagrada por su valor irreductible a una serie, sagrada porque no la puedo avasallar, sagrada porque yo sólo me realizo como un ser reconocido en igualdad de condiciones si empiezo por decirle al otro que es un imponderable, maravillosamente cercano para mí, porque al mirarlo me reconozco a mí mismo como imponderable. Imponderable quiere decir que no cabe en una definición ni en ningún concepto que aspire a inscribirlo en un conjunto anónimo. Amar, y en la lengua castellana en ese sentido es muy rica. Nosotros solemos decir te quiero que quiere decir no te tengo, es decir, no sos mío. Te quiero, anhelo tenerte y nosotros decimos te quiero. Es tanto el peso de tu magnífica presencia en mi vida que no te tengo. Es tan hermosa tu singularidad que no es mía, entonces te quiero. Y si te quiero bien y siempre entonces no te tendré nunca porque nuestro vínculo será pleno en la medida en que nuestra singularidad resulte irreductible a la posesión, es decir, a la apropiación.

¿Pero usted cree que esto se puede llevar a cabo? Yo lo que creo es que esto es imprescindible, absolutamente imprescindible como San Martín creía que era imprescindible cruzar la Cordillera de Los Andes. Ustedes saben muy bien que eran pocos los que desde el gobierno en tiempos en que San Martín preparaba el ejército para cruzar Los Andes, creían que eso fuera posible y necesario. Pueyrredón, que a medias creía, pero dentro de todo le daba un crédito a San Martín, le dijo que lo que pretendía hacer era imposible. Y San Martín le contestó “mi general tiene usted razón, es imposible pero es necesario, es imprescindible”. Lo imprescindible es mucho más importante que lo posible. Lo posible no tiene como desafío la envergadura ética que tiene lo imprescindible. No nos guíemos por la viabilidad de lo que queremos, guiémonos por su necesidad.

Permanentemente tendemos a caer a la presunción de que no lograremos transformar nuestro país. Hay que llegar, hay que partir, hay que tener el coraje de la tarea, porque sin el coraje de la tarea, la transformación definitivamente desaparece como posibilidad. Triunfar es insistir, no es llegar... no hay a dónde llegar. Hay que llegar a nuevos problemas para cedérselos a las generaciones venideras y decirles “chicas y muchachos, ocúpense de lo nuevo porque lo viejo ya lo saldamos nosotros”. Eso es educar. Educar es posibilitar el acceso crítico a los problemas inéditos.

Estamos en un mundo en el cual la globalización siendo ineludible es al mismo tiempo peligrosa porque puede quedar homologada a la uniformidad y no a la integración en la diversidad. Tenemos que lograr que Perú y Canadá se reconozcan recíprocamente a través de sus diferencias y no mediante una homogeneidad que diluya su singularidad. A través de sus diferencias quiere decir con amor al prójimo. Pero eso es muy difícil, usted no me puede decir a mí

que Perú puede estar a la altura de Canadá. Sí señores, es tarea. Si la pensamos como tarea, es posible. Si la pensamos idílicamente como solución, no lo es. ¿Qué tiene que ver un canadiense con un peruano? Absolutamente todo. Si el proyecto es construir interdependencia, es decir diálogo. Por lo tanto, volvamos a una evidencia que la filosofía propone. Tiene que ver con el lugar de las preguntas. Las preguntas no preceden a las respuestas. Las preguntas en serio, porque preguntar no es dígame ¿qué hora es? No es una pregunta porque hay alguien que ya tiene la respuesta. Hay pregunta cuando la respuesta hay que construirla, no cuando está servida. Las preguntas vienen después de las respuestas construidas. Remiten a cuestiones que nadie puede considerar como ya resueltas, sino como tarea.

¿Cuáles son las preguntas fundamentales del presente argentino si partimos de la noción de que debemos generar interdependencia y convivencia? empezar por reconocer la ley. La ley es lo primero porque construye interlocución. Donde hay ley, todos somos necesarios y nadie constituye una totalidad. Donde impera la idea de que hay alguien que constituye una totalidad, estamos en un panorama en el cual la suma del poder público queda en manos unilaterales de una persona que pierde representación y representatividad. Porque es todo y dice “siganme”, por ejemplo. Siganme, porque yo estoy investido por la totalidad de las respuestas disponibles. Usted solo tiene que adherir como un eco servil a mi palabra dominante. Si se trata de otra cosa, si se trata de no servilismo, lo primero que tenemos que preguntarnos es qué podemos hacer para que la ley vuelva a vertebrar la organización nacional. Lo primero que hay que hacer es ser implacables con la denuncia del delito. Pero lo implacable exige que para enunciar lo que tenemos de intransigentes con el delito, lo hagamos de una sujeción a la ley que nos afecte y nos domine a nosotros mismos. Si no estamos sujetos a la ley, no podemos generar el verdadero castigo que se merece el delincuente. No lo podemos generar porque no somos representativos de lo que decimos, actuamos solamente impulsados por el miedo o el rencor. Y el miedo y el rencor en política son muy malos consejeros.

Creo yo en consecuencia que esto es lo primero. La ley. Devolverle autonomía a la ley, que la política y el poder vuelvan a estar supeditados a la ley. Si vamos por ese camino, podemos lograr algo interesante que es salir del pasado, porque no estamos en el presente. Estamos en el pasado, somos gente del pasado. Nuestra experiencia es la de la repetición. Vieron que un rasgo de la senilidad, del cual yo también comparto bastantes características, es la repetición inadvertida cuando por ejemplo un señor en una mesa con amigos dice “les quiero contar un chiste” y la esposa le comenta “no cuentes por favor el mismo”. Porque uno ha olvidado que repite, y la repetición en política es la no capitalización del fracaso. No haber podido capitalizar el fracaso significa estar expuesto a la repetición. El nombre que en política tiene la repetición es consigna. Hay consignas pero no hay pensamiento. La consigna ha reemplazado al pensamiento que es la capacidad analítica de la experiencia vivida. La capacidad analítica se tiene que ir generando a través de dos instancias muy importantes: en el orden político y en el orden educativo. En el orden político mediante la promoción de la vida parlamentaria ya que es la que evidencia que el hombre tiene vedado el acceso a la verdad, si por verdad se entiende la posibilidad de lo que yo piense, agote el significado de la verdad. Lo que nosotros, disintiendo entre nosotros, no coincidiendo, podemos generar consenso ese es nuestro acceso posible a la verdad. El consenso, no la posesión de lo verdadero.

Este país viene de estar dirigido por gente que dijo como lo dijo la ex presidenta “yo soy la madre de 40 millones de argentinos”. Si lo han olvidado es porque vamos mal. Dijo eso. Dijo, en el momento en el que se conoció el asesinato del fiscal Alberto Nisman, nosotros somos la alegría y

ellos son la muerte. Los jóvenes se hacen tatuajes. Yo tengo eso tatuado en mi alma, no lo voy a olvidar jamás. Porque lo que la Argentina necesita no es una madre ni nadie que encarne la alegría, sino alguien que sea representativo de una búsqueda y no de una posesión de la verdad y alguien que sea capaz de decir que si la alegría no es una experiencia compartida por toda la ciudadanía, porque hay un sector que es concebido como enemigo, el país tiene pasado pero no tiene porvenir. Es tanto lo que tenemos que aprender para levantar la copa que celebre los 200 años de 1816. Está bien que sea mucho pero encarémoslo sabiendo entonces que estamos amenazados de senilidad porque repetimos. En consecuencia, un buen diagnóstico sobre la repetición en la que ha invertido la Argentina, la mayor parte de su tiempo desde 1983 a esta parte, en la que no hemos podido completar la transición del autoritarismo a la democracia, nos permite situarnos frente al poder político en libertad, como hoy tenemos, para decirles a nuestra dirigencias que aprendan a ser representativas y no monopólicas. Que hablen en nombre de nuestra tarea, dejemos que los sueños no sean el patrimonio de una agrupación política, sino un anhelo nacido en una comunidad que pueda dejar atrás la duración. Hoy hay en la Argentina 14 millones de personas que duran clamando por un poco de pan, clamando por trabajo, clamando por salud.

El otro punto que les decía es la educación. ¿Por qué no somos educados? Yo sé, todos nosotros hemos estudiado, claro que sí, pero no somos educados. Porque la educación es la capacidad de advertir que el prójimo debe representarme mediante su dignidad y que mientras su dignidad esté prostibulariamente avasallada, yo como ciudadano estoy ausente. No consisto, soy una sombra, soy un espectro. Parezco una persona allí donde mi prójimo no tiene dignidad y puedo ser una persona donde trabajo por la recuperación de la dignidad. La dignidad se recupera primordialmente y más allá de las instancias de la salud y del derecho al trabajo, con la educación. De modo que sigamos alzando la copa y pensemos qué significa educar.

Entiendo yo que educar no es transmitir conocimientos. Los conocimientos son imprescindibles: aprender a hablar, sumar, restar, manejar toda la fabulosa tecnología del presente. Esto es disponer de un saber, pero estar educado es fundamentalmente en un país como el nuestro, empezar por entender cómo podemos llegar a ser hombres y mujeres contemporáneos, no coetáneos de una época. La coetaneidad es la inscripción cronológica en el tiempo. ¿Usted es un hombre o una mujer del siglo XXI? Sí señor, acá estoy... pero no, tranquilo, esto no es pertenecer al siglo XXI. Esto es estar cronológicamente inscripto en el siglo XXI pero es muy probable que si indagamos un poco, nuestra cabeza sea una cabeza moldeada por lo que hay de irresuelto en los problemas del siglo XIX que están pendientes. Somos gente que no tiene federalismo, que no tiene integración regional. Somos gente que si bien vive en democracia desde hace 30 años, no ha logrado transitar a la vida republicana. Entonces educarse significa ganar contemporaneidad. Aprender a ser hombres y mujeres de nuestro tiempo. Somos la única especie que para ser tiene que aprender. Ningún bisonte pone particular empeño en alcanzar la madurez, no hay canguros inquietos por la necesidad de desarrollarse. Un canguro hembra no llega a ser hembra con el transcurso empeñoso del tiempo. En nuestra especie, una mujer puede nacer inscripta biológica y anatómicamente en la condición femenina pero no será una mujer si no pone empeño. El empeño no es la femineidad encantadora que pueda tener, es el construirse como persona. Esa es nuestra posibilidad y ese es también nuestro riesgo, que es parecer personas.

La consistencia subjetiva de una persona viene dada por el valor ético de su comprensión como tarea. Yo quiero comprenderme como tarea. El valor ético de mi persona consistirá en la índole de la tarea que me propongo para construirme como semejante de otros. Ustedes dirán

que esto es demasiado filosófico, pero no lo es. Es demasiado improbable. No es difícil de entender pero hay que llevarlo a cabo. Este es el desafío de nuestra generación, aprender a ser ciudadanos. Recuerden ustedes la declaración de los derechos del hombre, lean la de agosto de 1789. Dice algo extraordinario. Dice que ningún título hace de alguien una persona mejor que otra. Y nosotros seguimos llamándonos Doctores. Ningún título, ni conde ni doctor. Persona. Los títulos tienen una función fuertemente compensatoria como sucedáneos de ausencia de identidad y de ética. El señor es conde. No solo como quería Belgrano o San Martín, o Velez Sarsfield, o Alberdi. La cosa es la ley, ser expresiones de la ley en nuestro concepto del prójimo y de nosotros mismos. Albert Camus, ese extraordinario visionario del siglo pasado solía decir “yo no quiero tener razón”, ¿porque propugnaba la irresponsabilidad o el irracionalismo? No. Propugnaba la convivencia. Porque no tener razón es saber que la razón proviene del encuentro con el otro y es un bien compartido. Por lo tanto tenemos que entender que la finalidad de un maestro es enseñar a pensar, no al disponer del saber existente. Es imperioso manejar una computadora, no podemos privarnos del mundo digital, pero lo que tenemos que preguntarnos es quién usa el mundo digital, de qué índole es aquel que tiene un teléfono en la mano. Porque la índole tiene que ver con lo que va a decir en la disponibilidad que tenga de esos recursos. La discusión no es si vamos a permitir que haya tecnología en las aulas, teléfonos móviles. Todo depende de qué persona queremos construir.

Me permito contarles una anécdota. Yo me eduqué en un colegio italiano en San Pablo, Brasil, donde viví durante 6 años, entre 1957 y fines de 1962. Tuve una profesora de historia que cuando nos hacía pasar al frente decía así: “A ver jovencito, hábleme del tercer estado en la Francia de 1782” Y añadía: “Recuerde que yo ya lo sé”. Extraordinario. Quería que piense, que le cuente qué hice con eso que ella me dió, con eso que me enseñó, no que le cuente lo que dijo, sino qué hizo eso que me dijo en mí como para transformarme en un ser reflexivo. Deme su interpretación. La vida democrático republicana exige intérpretes, estamos en el momento de la denuncia de todo lo ocurrido pero tenemos que ser intérpretes para generar calidad republicana. No nos preguntemos si es posible, preguntémonos si siendo necesario estamos dispuestos incluso a fracasar en el intento. Pero que sea en el intento y no en la abstención del intento. Porque es muy fácil abstenerse bajo el lema de que es muy difícil. ¿Qué hubo de fácil en la historia argentina? Hay una sola manera de parecerse a Sarmiento. No es ser genial como él. Es entender que lo que él se propuso no era posible, era necesario. Hay que estar loco. Y loco lo llamaban para querer convertir en alumnos de escuela a los hijos de los gauchos que vivían en el desierto con un puñal en la cintura. Hay que estar loco. Pero hay dos tipos de locura: la que está al servicio del delito y de la desmesura y la que está al servicio de la fraternidad. Loco porque es imposible y por lo tanto necesario. Loco porque cuando explica lo que quiere, no se entiende cómo va a poder lograrlo. Loco porque la imposibilidad no lo detiene. Argentina entre 1810 y 1827, cuando termina la liberación del imperio español por parte de los países de América del Sur, fue un país de locos, de gente que emprendió lo que no era posible, con ejércitos que no había.

¿Ustedes se preguntaron alguna vez qué hizo Belgrano para formar un ejército? ¿Con quién lo formó? Con gente descalza, que no quería usar botas ni cortarse el pelo. Que no tenía ni idea de lo que era la autoridad, más que la de la fuerza. Que odiaba. Patria, Nación...naciones que en ese entonces no tenían ningún contenido discernible para la inmensa mayoría de todos aquellos que cayeron combatiendo contra España. Nada significaba eso. Pero estaban dirigidos por hombres que sí sabían. Como lo fue el General Belgrano.

Muchas veces lo he contado y vuelvo a decirlo ahora sostenido por la pregunta ¿cómo alcanzar la independencia en el 2016? Ustedes saben que Güemes y Belgrano tuvieron al comienzo una relación complicada. Güemes era un guerrero, un veterano de batalla y Belgrano un abogado porteño que hablaba muy bien francés y que estaba al mando de un ejército. Valiente, había peleado con firmeza contra las invasiones inglesas, de carácter, pero un porteño abogado. No se llevaban muy bien pero cuando Belgrano le mostró a Güemes que sabía pelear y que aún en la derrota tenía la insistencia de quien concibe que tiene una tarea, se hicieron entrañables amigos. Y se llamaban hermanos. Hay una carta de Güemes donde le cuenta esto a Belgrano: comienza así “mi querido General y hermano, debo decirle con satisfacción que hemos expulsado a los godos de Salta pero no logro que la paisanada me vaya a pelear al Tucumán porque dicen que Salta ya es libre”. Le contesta el General Belgrano “mi querido General y hermano, me convence a la paisanada de que Salta queda en Tucumán”. Extraordinario. Era uno de los 10 hombres que tenían en la cabeza la idea de que la libertad es interdependencia. Habíamos sido educados por una España feudal que nos enseñó a vivir en la fragmentación, en la discontinuidad, de espaldas al otro. ¿Salta es libre porque no hay más godos en Salta? No, Salta no será libre hasta que no haya más godos en ningún lado. Recién entonces empezará la tarea de Alberdi. Ya no hay españoles aquí en el sentido de un ejército invasor pero ¿somos libres? No somos libres. Vivimos en guerra civil. Fuimos una de las pocas naciones que desplegaron al mismo tiempo prácticamente la guerra de la emancipación y la guerra civil ¿eso quedó atrás? No, aquí se sigue matando argentinos y concibiendo ese homicidio como algo natural.

Yo le contaba a Eduardo que cuando ocurrió el atentado de AMIA, el 18 de julio de 1994, yo recibí como judío, llamados de otros compatriotas míos que lamentaban lo que nos había pasado a los judíos. Ocurre que me volaron el país, no me volaron una sinagoga. Ocurre que la calle Pasteur no queda en Tel Aviv, queda en mi ciudad. Y ocurre que quienes murieron asesinados eran también judíos pero primordialmente eran argentinos asesinados con la complicidad del Estado que encubrió a quienes cometieron ese delito. Entonces seguimos escindidos. Pobres judíos, les volaron una institución tan linda como era AMIA, y bueno, son cosas que pasan... Los 18 de julio que vayan ellos a llorar a sus muertos, nosotros tenemos tanto que hacer... y si mañana le vuelan a los irlandeses alguna comunidad, que protesten... Cuidémonos, parecemos ciudadanos, no somos. No aún, porque el homicidio no es indiferente. No aún porque no tenemos las instituciones plenamente vigorosas que permitan representar nuestro sentimiento de indignación frente a lo que ocurre. Celebremos los 200 años de independencia haciendo de nosotros tarea. Somos la única especie llamada a constituirse mediante la conciencia crítica porque las demás especies vivas no la tienen. Todas las especies tienen consciencia, por eso se orientan, para poder subsistir. Estamos en el infinito. Una dimensión que no es concebible ¿Qué significa infinito? Lo que no tiene medida, somos habitantes de lo inconmensurable. A esto está unida la autoconciencia entendida como posibilidad de no proceder como manada, sino enamorados de la convivencia, del diálogo, de la búsqueda de un proyecto de nación que quizás sea imposible como totalidad realizada pero es factible como proyecto si va unido a la noción de ciudadanía que es lo que la educación le debe proveer a quienes estudian. No se trata de educación cívica en el sentido de una disciplina, sino que se trata en el sentido de la construcción de subjetividad. Hacer de nosotros personas. Porque somos la única especie expuesta a la posibilidad de no ser lo que puede, por no estar sujeta unilateralmente a la biología. En nosotros hay cultura. La cultura es la capacidad de auto discernimiento que el hombre tiene para saber decir como tarea.

Por último, me parece a mí que la celebración que nos piden quienes nos precedieron se puede resumir en una imagen que quiero brindarles. Me lo imagino a Laprida tan

maravillosamente descrito por Borges en aquel poema que cuenta cómo se lo mató. Me lo imagino a Laprida acercándose aquí a nosotros con su indumentaria del siglo XIX y sus patillas, con su castellano españolizado diciéndonos “señores, mi generación ha hecho lo posible para que ustedes tengan otros problemas que los de la libertad. Me pueden contar ¿cuáles son esos problemas? Y una cosita más: si están dispuestos a asumir al precio que fuere la responsabilidad de delegarle a la siguiente generación otra calidad más alta de problemas, eso que se llama progreso”.

Muchas gracias.

Sepamos enfrentar lo que nos cabe.